

## PROBLEMAS INTERNACIONALES DEL JAPON

Bajo el adjetivo «internacional» se compendian todos los problemas japoneses o, mejor, el «problema japonés» como tal, porque las soluciones a estos problemas japoneses dependen en mayor grado del mundo exterior que del propio Japón. No existe otro país en el mundo tan, diríamos, extravertido como éste y con mayor receptividad a las fluctuaciones del exterior, lo mismo en el terreno económico que en el político, en los aspectos más superficiales de la moda o en las grandes corrientes intelectuales.

Y es ésta una paradoja histórica tratándose de un país que hasta 1868, año de la revolución de Meiji, hace menos de un siglo, permaneció prácticamente encerrado en sí mismo, sin contactos apreciables con el exterior. Como se recordará, tras el período de las guerras civiles que asolaron el Japón desde 1333 hasta mediados del siglo XVI, a consecuencia del desmoronamiento del antiguo feudalismo japonés, Iyeyasu Tokugawa inauguró en el año 1600 el régimen del Shogunato, con capital en Edo, la actual Tokio.

Su preocupación no fué tanto la de desarrollar las tendencias civilizadoras que, gracias a la adaptación de la cultura china se había manifestado en la era precedente, sino más bien la de volver al estilo militar de vida del feudalismo del siglo XII, que estaba dentro de la más pura tradición de Yamato.

Los shogunes implantaron una rígida organización feudal y procuraron aislar a la nación a fin de no contaminar su sistema y su moral militarista. El cristianismo que Francisco Javier había llevado al Japón fué prohibido cuando el Gobierno central se percató del peligro de infiltración occidental, concretamente hispanoportuguesa, que la predicación hacía posible. Se dictaron leyes que prohibían a los japoneses salir del país o regresar a él una vez hubieran salido y se prohibió la construcción de barcos

apropiados para la travesía del Océano. De esta forma, un país que hasta entonces había estado abierto a las influencias culturales de China y de Occidente fué aislado del resto del mundo.

Durante todo el período Tokugawa, a lo largo de 268 años y, en parte, como he indicado, por temor a la presencia del Imperio español en Asia y Oceanía, el Japón estuvo simplemente ausente del mundo, considerándose a sí mismo un país divino, Shinkiku, que no participaba por su naturaleza de los negocios humanos que se fraguaban en torno suyo. La política de los Tokugawa fué ante todo una «Strausspolitik», una política de avestruz. Ciegos ante las realidades del presente histórico, los Tokugawa se empeñaron en mantener incorrupto el cadáver del feudalismo japonés que en el siglo XII había dado magníficos ejemplos de lealtad y heroísmo, en una época en que ya Cervantes había derribado al caballero de su corcel y en que los filósofos franceses y alemanes habían puesto las bases de la edad moderna. En un principio el pueblo japonés se complació en su voluntario destierro, pero, a fines del siglo XVIII, los núcleos dirigentes japoneses, excepción hecha del gobierno shogunal, que, como suele suceder a todos los gobiernos del mundo en todas las épocas, fué el último en darse cuenta de lo que estaba pasando, comenzaron a tomar conciencia de que aquel aislamiento conduciría a un final fatídico si no era remediado a tiempo.

Durante la primera mitad del siglo XIX y aún antes, varias naciones occidentales intentaron romper el aislamiento casi divino del Japón. Los rusos, interesados en asegurarse los puertos del archipiélago, fueron los primeros en probarlo. Los ingleses, en busca de un refugio para sus buques en las travesías del Pacífico, intentaron también forzar la virginidad japonesa y, finalmente, fueron los americanos los que, tras repetidos intentos, lo consiguieron.

La historia es de sobra conocida. El comodoro Matthew Calbrait Perry fué el primero en pisar tierra japonesa y en imponer al Gobierno del Shogun sus condiciones. El desembarco de Perry fué de capital importancia para el desarrollo posterior de la historia japonesa, porque significó la apertura, primero gradual y condicionada y posteriormente total y plena, de los puertos japoneses al comercio mundial. Perry ha sido llamado con razón «el último ejecutor del plan de Colón», y efectivamente fué él quien por primera vez desde que se inició la política de reclusión llevó al archipiélago japonés el incómodo aguijón de la cultura occidental que era indispensable para su progreso. Como consecuencia inmediata del viaje del comodoro se provocó en el Japón una revolución que condujo a la

caída del Shogunato. Pero la caída del gobierno Shogunal y la subsiguiente instauración del régimen de Meiji no pueden explicarse única y exclusivamente por la llegada de las naves negras de Perry. No cabe duda de que, de no haber sido por su histórica decisión, la evolución japonesa se hubiera retrasado considerablemente. Pero en el propio Japón existían ya en aquel momento fermentos de cambio y la estructura política del Shogunato se mantenían solamente por la inercia de tres siglos de tradición y por la violencia con que el Gobierno reprimía las manifestaciones subversivas. La llegada del comodoro americano fué como el fulminante que hizo estallar la carga acumulada. En un principio y debido a una curiosa y paradójica toma de posiciones, la oposición al Shogunato se manifestó como oposición a los extranjeros, a quienes el Shogun, en virtud de los tratados que le fueron arrancados, tenía el deber de proteger. Pero ésta no fué sino una cuestión política y la verdadera causa de la revolución Meiji debe encontrarse en la necesidad que sentían los japoneses, tanto los intelectuales como los comerciantes, de terminar con el desastroso aislamiento que había retrasado la evolución japonesa por tres centurias.

Durante los siglos de reclusión se habían ido filtrando en el Japón los principios de la ciencia extranjera, a través de traducciones chinas de obras occidentales y a través, sobre todo, de los holandeses que, en premio al apoyo militar que prestaron a los Shogunes contra la sublevación de los feudos cristianos, fueron autorizados a comerciar en el puerto de Nagasaki. Ellos, junto con los chinos, fueron los únicos extranjeros que pudieron comerciar con los japoneses durante los tres siglos del régimen Tokugawa. A través de estos holandeses el Japón tuvo un remoto conocimiento de los progresos de la ciencia occidental. Hubo un núcleo de estudiosos del holandés y algunos extranjeros, entre ellos el famoso doctor Siebold, visitaron el país en esa época. La inmensa mayoría de los intelectuales, excepción hecha naturalmente de los confucionistas de la corte, se inclinaban a principios del siglo XIX por una apertura cultural del Japón, que era incompatible con la estructura feudal del Shogunato. Varios señores provinciales, sobre todo los Tozama daimyo, que nunca entregaron su lealtad a los descendientes de Iyeyasu, estaban de parte de los renovadores y esgrimían sus argumentos en contra del centenario régimen de Edo.

Desde un punto de vista económico, el Japón estaba también maduro para una transformación. De la simple economía agrícola de los primeros años del régimen, cuando los daimyo y los samurai cobraban sus rentas en arroz, se había pasado a una estructura precapitalista en que, por

paradoja, las clases consideradas «bajas» habían acumulado las fuentes de riqueza. Se daba el caso frecuente de que la clase alta, o sea, la nobleza militar, contraía deudas con los mercaderes, a quienes, sin embargo, los filósofos confucionistas de la corte seguían considerando como «clase improductiva», situándola en la escala social por debajo incluso de la de los agricultores. Esta fué la época en que, muy a su pesar, los gloriosos guerreros, aburridos y arruinados tras un largo período de paz, pedían en matrimonio a las hijas de los comerciantes como último y desesperado remedio para sus finanzas. Este cambio se había comenzado a notar ya desde mediados del siglo XVIII y, sin embargo, a lo largo del siglo siguiente, el Gobierno Shogunal, ciego ante las realidades, continuó haciendo desesperados esfuerzos por resucitar la gloriosa grandeza de la época de los caballeros.

Los intelectuales, deseosos de una renovación de la cultura, los comerciantes, ávidos de expansión económica; los militares, descontentos y arruinados, fueron precisamente los que hicieron posible la llamada revolución Meiji. Como es sabido, los clanes occidentales levantaron la bandera del emperador, quien durante todo el período Tokugawa no había sido sino una figura decorativa con funciones meramente protocolarias, pero sin poder alguno, para derribar al Gobierno de Edo. Así, pues, la llegada de los extranjeros que obligaban al Japón a abrir sus puertas, coincidió en el interior del país con una atmósfera propicia en todos los órdenes. En 1853, cuando Perry visitó por primera vez la bahía de Tokio, el Japón se encontraba ya maduro para una transformación profunda.

Con la era Meiji comenzó el período internacionalista japonés, por virtud de un movimiento pendular que arrastró al país de la nada al todo en materia de relaciones exteriores y, a partir de aquel momento, lo doméstico pasó a segundo plano, tal vez por el ingrato recuerdo de la época de aislamiento y, sobre todo, porque, debido a las condiciones materiales del Japón, la única solución posible para los problemas domésticos estaba en lo internacional. Superando el marco de la economía agrícola el Japón experimentó un desarrollo vertiginoso. El país pacífico, idílico casi en que el milenario Confucio había soñado, se convirtió de repente en un país moderno y angustioso que necesitaba buscar un espacio vital para desarrollarse. En los años de la revolución de Meiji el Japón era ya un país problemático en lo referente a la densidad de población y los líderes de Meiji comprendieron que solamente con una gigantesca transformación de la economía podrían hacer frente a los problemas de su país. El ascenso del Japón en esa época coincidió, además, con uno de los períodos más

desastrosos de la historia china, en que las potencias europeas se repartían, en frase proverbial, «el gran melón de China». Esto hizo posible el rápido crecimiento de un país organizado que necesitaba expansionarse.

El desarrollo de la economía japonesa desde 1868 hasta 1931, fecha del incidente de Manchuria, que estableció la supremacía militar en el Gobierno nacional, fué interpretado por muchos como una manifestación de la capacidad de trabajo de los japoneses y por los más como una expresión de su voluntad de dominio del mundo. Pero lo verdaderamente trágico era que el Japón se veía forzado a actuar no solamente por el placer de la creación o con el fin de satisfacer unos sueños imperialistas, sino, sobre todo, por la necesidad vital de asegurarse el pan, el arroz en este caso, de cada día. En 1872, año en que se creó el censo, se registraban treinta y cinco millones de habitantes, cifra ya de por sí elevada. En 1891 la población había ascendido a cuarenta millones y alcanzaba los cincuenta millones en 1912 y los setenta en 1937.

He citado antes la fecha de 1931, en que se produjo el incidente de Manchuria, porque, a partir de aquel momento, los militares comenzaron a tener una más acusada influencia en el Gobierno nacional y desarrollaron claramente una política de expansión armada cuyo fin todos conocemos. La agresividad que los japoneses demostraron malogró los últimos propósitos de buena voluntad de los occidentales, quienes, a partir de entonces, realizaron una política de cerrar el paso a la expansión económica del Japón, esperando el momento de frenar también su avance militar.

En 1902, cuando se firmó la alianza anglo-japonesa, o en 1914, cuando el Japón era aliado de los occidentales contra Alemania, fué posible concederle un puesto de honor entre los Grandes con la aprobación de las potencias. Con este título asistió el Japón a la conferencia de Versalles de 1919. Desde entonces, hasta 1929, el Japón vivió un período de relativa tranquilidad, favorecida por la prosperidad económica mundial. Se desarrollaron las instituciones democráticas y se hizo, con respecto a China, una diplomacia de paz que trataba de solucionar los conflictos por negociaciones y no por la acción armada. Las relaciones entre el Japón y las naciones occidentales, una vez que la Conferencia de Washington de 1922 hubo resuelto los principales problemas pendientes, entraron en una fase de cordialidad. La crisis mundial de 1929 produjo un cambio brusco en esta situación. Subieron los precios de las materias primas que el Japón tenía que comprar mientras disminuían las exportaciones japonesas de productos manufacturados. Por añadidura, los países occidentales organi-

zaron una activa campaña para oponerse a la competencia desleal japonesa. Estos acontecimientos, unidos al trato discriminatorio que las leyes americanas de inmigración imponían a los japoneses, provocaron una oleada de indignación popular en el Japón, que las fuerzas armadas utilizaron para sus propósitos expansionistas. El incidente de Manchuria fué el primer paso de esta nueva política de fuerza, que trajo como consecuencia el fin del período democrático japonés. Ya sabemos cómo, después de la toma de Nanking en 1937, la situación internacional en el Extremo Oriente no hizo más que empeorar. El secretario de Estado americano, Cordell Hull, pidió al Japón un retroceso completo de sus posiciones en China y en Indochina, lo que equivalía al abandono total de la obra de nueve años, desde 1931 hasta 1940. Los japoneses no podían razonablemente acceder a la petición americana y como consecuencia dimitió el Gobierno del príncipe Fumimaro Konoe, que era partidario de proseguir las negociaciones pacíficas. Estos acontecimientos dieron la razón a los militaristas, concretamente al ministro de la Guerra del Gabinete Konoe, general Tojo, en su afirmación de que nada podía conseguirse por medio de negociaciones y de que había llegado la hora de la guerra. Tojo fué nombrado primer ministro.

Me excuso por esta digresión histórica. Es para indicar, con el ejemplo todavía palpante de la pasada guerra, que los problemas económicos y demográficos del Japón son de naturaleza capital en cuanto que abocan a ese país a soluciones desesperadas. La abominable imagen del militarismo japonés, el fanatismo nacionalista e imperialista, la crueldad con que los soldados nipones se comportaron en China o en las Filipinas, aunque bajo ningún concepto puedan justificarse, tampoco deben oscurecer el hecho evidente de que la agresión japonesa de 1941 tuvo unas causas económicas muy concretas. La pasión que después de la guerra y, hay que decirlo, tan justa como inútilmente, se puso en condenar la acción japonesa de 1941, ha hecho ovidar a menudo que la guerra del Pacífico no ha resuelto ninguno de los problemas que la presencia del Japón en el Extremo Oriente trae consigo.

En la actualidad, el problema demográfico del Japón es sencillamente aterrador. Su territorio tiene poco más de los 300.000 kilómetros cuadrados de superficie y está habitado por más de 91 millones de habitantes. Según los cálculos, tendrá cien millones en 1970, a pesar de la propaganda anticonceptiva y a pesar de haber sido legalizados después de la guerra el aborto y la esterilización. Para dar alguna cifra, en 1956 hubo cerca de un millón y medio de abortos, o sea, el mismo número de abortos

que de nacimientos, y la mayoría de estos abortos fueron justificados por razones puramente económicas.

Pensemos por un momento que España tiene 500.000 kilómetros cuadrados y solamente 30 millones de habitantes, o que Italia, país que se considera problemático en materia demográfica, tiene aproximadamente la misma superficie que el Japón con sólo la mitad de la población. Aplicando a España la proporción demográfica del Japón con relación a su territorio, nuestro país tendría aproximadamente 150 millones de habitantes.

Por añadidura, siendo el Japón un país rocoso, compuesto por miles de islas inhabitables, solamente el 17 por 100 de la tierra es cultivable. En España hay un 40 por 100 de tierra cultivable para un país mayor y una población que no llega a la tercera parte. En el Japón se produce solamente, a pesar de los métodos intensivos empleados en agricultura y a pesar de ser el primer país pesquero del mundo, el 80 por 100 de los alimentos que necesita una población acostumbrada a una extrema frugalidad. Este es el país que ha inventado el alimento artificial llamado «clorela», que según los investigadores está llamado a remediar las necesidades futuras. Existen Institutos especializados en el estudio de la transformación de la madera en producto comestible.

Una comida japonesa consta normalmente de una cajita que tiene el formato de un libro corriente y contiene un poco de arroz hervido, algunas raíces de bambú, un pedacito de carne o de pescado y media loncha de embutido. La cajita se llama «bento» y la compran todos los viajeros en las estaciones o la llevan todos los empleados a la oficina. A esta frugal minuta se añade, en casa, una taza de sopa que debe calificarse de sopa de agua, pero que, eso sí, se adorna siempre con un pétalo de crisantemo. En mis años de permanencia allí escasamente he visto a una persona comer una tortilla entera, una manzana entera o una naranja entera. La frugalidad japonesa es una virtud que sólo se viola cuando las grandes compañías o el Gobierno o las embajadas celebran reuniones y fiestas o cuando se trae a casa algún invitado.

Hay otra cosa todavía más grave, y es que el Japón no produce apenas materias primas, con excepción de la madera y la seda, aunque posee, y ello ha contribuído a su desarrollo, grandes reservas hidroeléctricas. El hierro, gran parte del carbón y la casi totalidad del petróleo, que son necesarios para la industria, deben ser importados de otros países. El resultado de todo ello es, como puede comprenderse, una desesperada situación, tanto más cuanto que el remedio a esos problemas depende en gran

parte de la voluntad de los países poseedores o que controlan esas materias primas y esos alimentos que el Japón vitalmente necesita. La política exterior del Japón va, pues, fatalmente a remolque de una situación económica internacional. Aunque esté lejos de mi intención el reducir todos los problemas de política internacional a problemas puramente económicos, en el caso del Japón es evidente que, en materia de relaciones exteriores, lo político está subordinado a lo económico. Para los japoneses el programa de política exterior en muchos aspectos es un programa de economía exterior. La única forma que el Japón tiene de solucionar su angustioso problema de la subsistencia es el de importar las materias primas que le faltan y exportar productos manufacturados, es decir, como ya los líderes de la época Meiji habían visto, convertir al Japón en el taller del Extremo Oriente.

Como puede comprenderse en seguida, la economía japonesa es extremadamente sensible a las fluctuaciones del mercado internacional, lo mismo en el de materias primas, que el Japón compra, que en el de productos manufacturados que el Japón vende. El dilema japonés ha sido siempre, y según todas las apariencias continúa siendo, el de que si en el momento que se produce una disminución de las demandas exteriores, deja de comprar materias primas, se provoca una situación de paro en el interior. Si, por el contrario, sigue comprando materias primas, desequilibra totalmente la balanza de pagos. La situación ideal se produce cuando existe una gran demanda de productos japoneses en el extranjero y el precio de las materias primas hace posible la competencia.

Pero esto está sujeto naturalmente no sólo a las fluctuaciones normales del mercado y a la competencia de otras naciones que, como China, se van industrializando, sino a todo género de presiones de tipo político. Podría citarse como ejemplo la discriminación establecida contra algunos productos japoneses por el organismo G. A. T. T., Acuerdo General de Tarifas y Comercio, del que se sirven algunas naciones europeas para defenderse de la competencia japonesa. Otro ejemplo sería el boicot que durante estos últimos años ha venido haciendo China al comercio japonés para forzar al Gobierno de Tokio a hacer concesiones políticas; en otras palabras, a reconocer al régimen de Pekín; o bien las restricciones que en la época de Sygman Rhee impuso el Gobierno de Corea del sur a las importaciones de productos japoneses por motivos puramente políticos.

En estas condiciones, la clave de la política exterior japonesa está, por encima de otras consideraciones, en la apremiante necesidad de exportar. Cuando a raíz de los recientes acontecimientos de Tokio, que terminaron



en la caída del Gabinete del primer ministro Kishi, el mundo entero se preguntaba de qué lado se inclinaría el Japón en la escena internacional, había que considerar ante todo que fueran cuales fueran los sueños neutralistas de las izquierdas japonesas, el Japón no podía ni puede abandonar el campo occidental a que se adhirió al terminar la ocupación americana, porque el comercio japonés con China comunista y con Rusia es insignificante, mientras que los Estados Unidos importa el 50 por 100 de las mercancías japonesas de exportación, dirigiéndose el resto a las colonias británicas, a los países europeos, a Sudamérica, donde se están creando numerosos mercados para los productos japoneses, y también a las naciones del Sudeste asiático. Es notable comprobar a este respecto que la China nacionalista importa del Japón cantidade muy superiores a las que importaba la China comunista en la época en que no se había declarado el boicot económico.

En la llamada Asia libre, sobre todo en las naciones que fueron ocupadas por las tropas imperiales en la guerra, el prestigio japonés sufre todavía del recuerdo de aquellos días. En Malaya, en Singapur, en Hong Kong o en las Filipinas se producen aún hoy en algunas ocasiones incidentes antijaponeses. Pero esto no impide que los Gobiernos de estos países mantengan con Tokio relaciones de cordialidad y un importante intercambio económico. Técnicos japoneses son enviados a todos los países y compañías japonesas explotan minas de hierro en la India y yacimientos petrolíferos en Indonesia.

Integrado en el Plan de Colombo, el Japón desempeña un importante papel en la ayuda a países subdesarrollados. El proyecto japonés, planteado ya por el primer ministro Kishi, predecesor del actual Ikeda, es el de lograr de los occidentales algo así como la representación y administración del plan de ayuda a las naciones asiáticas, lo que equivaldría a que estos países compraran al Japón los bienes de capital que este país produce con el dinero que los Estados Unidos destinaran a este fin. Así se resolvería en parte el problema de la expansión japonesa y se daría un gran paso a la industrialización de la región de Asia. Pero es perfectamente natural que el plan encuentre oposición en América. El Japón puede ser quizá un colaborador eficaz, pero no puede pretender convertirse en el beneficiario de la ayuda a estas naciones.

Por su parte, el Japón realiza de una forma velada una política asiática que no carece de cierto contenido racial. En su día pretendió crear una «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental», por medio de las armas. Hoy se habla de «la independencia racial» de los pueblos asiáticos,

lo que suena como una segunda edición corregida de la anterior. En la conferencia de Bandung el delegado japonés expresó su convicción de que los americanos no hubieran arrojado la bomba atómica sobre Alemania porque era un país de raza blanca, pero lo hicieron fácilmente sobre una nación de raza amarilla. He aquí una peligrosa forma de la demagogia asiática.

Por lo que se refiere a sus relaciones con el mundo árabe, puede decirse que se ha hecho en Tokio, a ratos, un simulacro de política nasserista o, si se quiere, neutralista, y se han establecido relaciones comerciales y de colaboración técnica. Recuérdense los contratos de explotación petrolífera firmados con Arabia Saudita y con el Koweit y los intentos de participaciones japonesa en la presa de Assuan que responden a la preocupación de asegurarse posiciones económicas internacionales.

En virtud de este proceso económico, el Japón está hoy más que nunca del lado del mundo occidental, y lo estará probablemente mientras sigan en vigor las actuales condiciones. No se trata, como algunos occidentales pretenden hacernos creer, de una hipotética «fidelidad a los principios espirituales de Occidente». No se trata de una cuestión sentimental, sino simplemente de la árida e implacable realidad estadística, y está bien claro que en el fondo de esta posición japonesa existe una desazón espiritual que, no cabe duda, puede contar como elemento decisivo que en el destino histórico de ese pueblo.

La colaboración del Japón con el mundo libre se opera en diversos campos. Primero, como ya he dicho, la industria japonesa de exportación trabaja principalmente para los mercados occidentales. Los Estados Unidos han venido cubriendo durante muchos años desde que terminó la ocupación el déficit de la balanza de pagos del país vencido. La administración americana lucha con empeño para defender los intereses de la industria exportadora japonesa en el mercado estadounidense, incluso contra las reclamaciones y protestas de los industriales americanos, que están pidiendo constantemente el aumento de las tarifas aduaneras de los productos procedentes del otro lado del Pacífico, sabedora de que si algún día los compradores americanos llegaran a volver la espalda a los productos japoneses, ello podría conducir a una grave crisis política.

La ayuda americana, que no es gratuita en ninguna parte, ha venido siendo concedida al Japón a cambio de unas ciertas concesiones militares. Existen en territorio japonés numerosas bases americanas dotadas con unos 75.000 hombres, y se ha firmado hace poco, como se sabe, un Pacto de Seguridad que garantiza la colaboración de las llamadas Fuerzas de

Defensa japonesa con las Fuerzas americanas en lo relativo a la defensa de la integridad japonesa. El Pacto de Seguridad de 1960 se diferencia del que fué firmado en 1951 como consecuencia del Tratado de Paz de San Francisco precisamente en que el de 1960 supone la participación activa de las Fuerzas japonesas en la defensa militar del país y de territorios nominalmente japoneses, como el archipiélago de las Ryukyu, cuya isla central, Okinawa, alberga la más importante base americana en el Pacífico, mientras que el pacto anterior dejaba la defensa del Japón solamente a las Fuerzas armadas de los Estados Unidos.

El actual pacto, a juicio de las izquierdas japonesas, equivale a un compromiso militar en virtud del cual el Japón entraría en una guerra contra China o contra Rusia si los Estados Unidos se vieran envueltos en una acción armada contra estas potencias. Esta fué la causa de los disturbios que condujeron a la decisión del Presidente Eisenhower de aplazar su visita a Tokio para cuando soplaran vientos más favorables y a la subsiguiente caída del primer ministro japonés.

A raíz de esos acontecimientos se preguntaba toda Europa si la crisis había sido provocada por una minoría comunista o, por el contrario, si había sido una manifestación del sentimiento auténtico japonés, cualquiera que fuese su color político. Se expresaron entonces numerosas opiniones. Después de haber pasado varios años en el Japón, yo he llegado al convencimiento de que al margen de la adhesión a un partido político concreto, y he de aclarar que el empirismo de los japoneses les prohíbe a menudo entregarse apasionadamente a cualquier ideología, el pacto militar del Japón con los Estados Unidos era y es profundamente impopular entre los japoneses. En efecto, ¿no significa este pacto que más tarde o más temprano el Japón va a convertirse en el defensor de los intereses occidentales en el Extremo Oriente para oponerse al crecimiento y expansión de la China comunista? El japonés de la calle, que ha pasado por la terrible experiencia de la guerra, que ha sufrido el bombardeo atómico, que ha padecido los rigores de una ocupación extranjera y que se siente emparentado por su raza y su cultura con la gran civilización china, ¿puede aplaudir de alguna manera la perspectiva de ver a su país envuelto en una nueva guerra en beneficio de la potencia vencedora? Esta es en el fondo la cuestión que si pudiera ser dilucidada arrojaría alguna luz sobre el destino del Japón. Yo creo que si nos referimos meramente a los sentimientos populares en torno a esta cuestión debemos reconocer que la campaña organizada no fué solamente, y digo solamente, la obra de una minoría sub-

versiva defendiendo sus propios intereses, sino la manifestación auténtica de la sensibilidad japonesa.

Peró entonces, ¿por qué a despecho de las manifestaciones antiamericanas fué firmado el Pacto de Seguridad que equivale a un compromiso de guerra? ¿Y por qué en las recientes elecciones han salido triunfantes los conservadores, es decir, los partidarios precisamente de una colaboración militar con Occidente?

No he de pasar a explicar las pintorescas manifestaciones de la democracia japonesa de la posguerra ni detenerme en detallar la variedad de presiones electorales que desde la lealtad más sublime hasta la más divertida picaresca pesa sobre el ánimo de los votantes. El hecho es que los conservadores, es decir, los liberaldemócratas, han tenido desde que terminó la guerra prácticamente el doble de escaños en la Dieta que en el partido socialista. La ley que ponía en vigor el Pacto de Seguridad fué aprobado, por tanto, por mayoría, de acuerdo con la Constitución de la posguerra.

En las últimas elecciones los conservadores han obtenido también la mayoría, y si son apoyados por los independientes y por el partido socialista moderado que se separó de los izquierdistas, están muy cerca de la mayoría de los dos tercios, con la que pueden incluso afrontar la reforma de la Constitución de la posguerra, impuesta, como se sabe, al Gobierno japonés por las Fuerzas de ocupación, que por una parte devolvería al emperador sus atribuciones de Jefe de Estado y por otra permitiría la creación de un ejército más eficaz que las actuales Fuerzas de Defensa, hijas de una dudosa interpretación del artículo 9.º de la Ley fundamental, que taxativamente prohíbe el mantenimiento de fuerzas armadas.

Tras estas elecciones aparece, pues, bien claramente que la voluntad popular está de parte de una política enérgica, bien porque tiene confianza en la nueva administración democrática de los Estados Unidos—y la fecha de las elecciones japonesas no fué fijada al azar—, bien porque los japoneses, que pueden estallar volcánicamente por cuestiones sentimentales, no toman decisiones sino sobre la base de un criterio utilitario. Tanto más cuanto que, en virtud de los fenómenos económicos que antes comentaba, no se trata ya de utilidad, sino de la cuestión más grave de la subsistencia.

Hay otra cosa que me parece de suma importancia, y es que existe en el Japón un miedo histórico a China y también a Rusia, una conciencia de que la propia cultura es una herencia de la cultura china y de que sean cuales fueren las condiciones políticas del momento, los chinos tienden

a mirar a los japoneses como «satélites culturales». Nada puede molestar más a los japoneses que recordarles que su civilización es meramente un subproducto de la civilización China. No sólo se consideran un pueblo más adelantado que China, sino que desean además ser considerados como una entidad cultural diferenciada. Su sentido de la independencia les inclina a rechazar cualquier intromisión china en materia política. Por esta causa, los frecuentes y a mi juicio equivocados ataques de Chu En Lai contra el Gobierno de Tokio han provocado siempre reacciones contradictorias en el pueblo japonés, que aspira a resolver por sí mismo sus problemas internacionales sin recurrir a la colaboración de los chinos.

El dirigente socialista Asanuma, que no hace mucho fué asesinado por un estudiante ultranacionalista, cometió un error gravísimo cuando el año pasado declaró públicamente en Pekín, a donde había ido invitado por el Gobierno chino, que «los Estados Unidos son los comunes enemigos de los pueblos del Japón y de China». Tal declaración provocó las más violentas reacciones entre los japoneses.

El miedo a la Unión Soviética es, si cabe, todavía más perceptible. O mejor, al animadversión que procede ya de los días de la guerra chino-japonesa de 1895, de la que a pesar de haber sido los japoneses los vencedores y debido a la presión de las potencias, y sobre todo de Rusia, no obtuvieron las ventajas a que su esfuerzo les daba derecho. No se olvide tampoco, y esto ha condicionado en gran manera la política de posguerra, que en 1945 la Unión Soviética no solamente no transmitió a los occidentales los deseos de negociar la paz que había expresado el Gobierno de Tokio, sino que violó el pacto ruso-japonés de no agresión y declaró la guerra al Imperio después de haber sido arrojada la bomba atómica sobre Hiroshima, es decir, cuando el Japón estaba a punto de rendirse. Conocido es que en la conferencia de Yalta se estipuló que la U. R. S. S. entraría en guerra contra el Japón dos meses después de la rendición de Alemania a cambio de obtener la mitad sur de Sajalín y las islas Kuriles, así como posiciones en Mongolia y Manchuria. Si los japoneses no han olvidado el bombardeo atómico americano, tampoco han podido olvidar el proceder desleal de la U. R. S. S., que a última hora sacó partido de ese bombardeo y se apoderó de territorio originalmente japonés.

Esto nos lleva a considerar brevemente las relaciones japonesas con China y con la Unión Soviética. He dicho en otra parte que las relaciones comerciales con estas dos potencias son de escasa importancia. En efecto, el intercambio ruso-japonés se concentra a algunos envíos a la región oriental de Siberia, que todavía está poco industrializada. Más importan-

tes son los problemas pesqueros. Rusia, que no está vitalmente interesada en la pesca en el Pacífico, presiona sobre el Japón con la excusa del agotamiento de las reservas pesqueras del mar de Okhotsk para cerrar la pesca japonesa en el área comprendida entre las Kuriles y la península Kamchatka. Sabe que para el Japón es vital esta industria, y espera así obtener concesiones de tipo político. Durante estos años han sido apresados numerosos buques pesqueros japoneses por los patrulleros rusos, y estas restricciones, que tanto perjudican al Japón, han coincidido, además, con las trabas que por una parte los americanos y los canadienses, y por otra, los coreanos del Sur, imponen a la pesca japonesa en las diversas áreas del Pacífico.

No existe aún un Tratado de Paz entre la U. R. S. S. y el Japón, y este último exige la devolución de las Kuriles del Sur como condición indispensable para abrir las negociaciones. Rusia no tiene prisa y procura poner toda clase de inconvenientes en las negociaciones pesqueras y comerciales.

Las relaciones con China sufren oscilaciones de temperatura con los movimientos de la situación internacional. Debido a la presión americana, los japoneses han negado siempre el reconocimiento al régimen de Pekín y mantienen buenas relaciones con la China nacionalista. Hasta 1958, sin embargo, tuvieron un tratado de comercio de naturaleza privada con el continente. Este tratado fué abandonado a raíz de ciertos incidentes deshonrosos para China que Chu En Lai aprovechó para amenazar con declarar el boicot económico a los productos japoneses si el Japón no reconocía el régimen comunista.

Este es, como se comprenderá y mientras continúe en vigor la irrealista política americana en Asia, un precio que el Japón no puede pagar. Hace poco, sin embargo, y quizá porque China se encontraba en un momento difícil, después de la campaña de las comunas populares que, además de ser de muy complicada realización, exige inmensos gastos, los japoneses volvieron a establecer relaciones comerciales con el Continente, pero sin que el intercambio se formalizara en ningún tratado.

Entre los conservadores japoneses y ya no digamos entre los socialistas, son muchos los que piensan que sería favorable para el Japón aprovechar las enormes posibilidades del mercado chino. Antes de la guerra los japoneses consideraban al Continente como un mercado casi doméstico, pero esta situación privilegiada no volverá a darse de nuevo. Hoy el Japón tendría que concurrir con las potencias europeas, con la U. R. S. S. y también con la industria china comunista, antes inexistente y que ahora cons-

tituye ya una amenaza para el Japón en los mercados del Sudeste asiático.

Ahora bien, China tiene las materias primas que el Japón necesita, a una distancia más reducida que la que separa a este último país de América o de la India. El Japón, por su parte, cuenta con un desarrollo industrial y una preparación técnica muy superiores a los de China y podría ser un inmejorable colaborador en su industrialización.

En estos momentos, sin embargo, y mientras los Estados Unidos continúan negando a China el reconocimiento, no parece probable que el Japón establezca con ella relaciones oficiales. Por lo que respecta a las relaciones extraoficiales, es previsible que esas relaciones mejoren si se acentúan las diferencias entre los países comunistas y le falta a China el apoyo ruso.

Las perspectivas para el «caso Japón», que en 1970 tendrá 100 millones de habitantes, son, pues, inciertas. ¿Se erigirá el Japón en defensor de los occidentales en el Extremo Oriente? ¿Se aliará, por el contrario, con China, para presentar, por primera vez en la Historia, un frente unido asiático que reclame la igualdad de las razas? Ello depende en parte de la actitud de Rusia hacia China, en parte de la actitud de América hacia el Japón. Este país, tan extraordinariamente sensible a las variaciones de la política internacional, actuará probablemente en el futuro no tanto por motivos ideológicos o espirituales como por las obligaciones ineludibles que se desprenden del hecho mismo de su existencia geográfica y demográfica en el mundo internacional.

LUIS CARANDELL.

